



BIENOTECIA MUNICIPAL

MADRID

EN ESPAÑA.

EDICION DE LUJO.

Tres meses. . . . . 28 reales.  
Seis . . . . . 50  
Un año. . . . . 90

EDICION ECONOMICA.

Tres meses. . . . . 16 reales.  
Seis . . . . . 28  
Un año. . . . . 50

DIRECTORA.

LA BARONESA DE WILSON.

DIRECTOR-PROPIETARIO.

JOSÉ DE CASTRO Y CERBÓ.

EN EL EXTRANJERO,  
ISLA DE CUBA Y PUERTO-RICO.

Seis meses. . . . . 5 pesos.  
Un año. . . . . 9

EN EL CENTRO DE AMÉRICA  
Y FILIPINAS.

Un año. . . . . 11 pesos.

Año II.

Madrid 19 de Setiembre de 1872.

Número 35.

SUMARIO.

Revista de modas y labores, por la Baronesa de Wilson.—Cuentos de salon, por Hinnova.—Historia de dos bofetones, por D. J. Eugenio Hartzenbusch.—Es eterno mi dolor, por la Baronesa de Wilson.—Margarita, por la Baronesa de Wilson.—Cantares.—Explicacion de los grabados.—Charada.

Grabado num. 1.

REVISTA DE MODAS

Y LABORES.

I.

Los baños de mar han concluido este año: apenas llega el 20 de Setiembre, ya las azuladas ondas no causan aquel placer que se sentia en el mes de Julio y Agosto, por lo que en Francia destinan generalmente la última quincena del mes de las ferias y el próximo mes de Octubre, á la vida de las casas de campo, los hombres al ejercicio de la caza y las señoras á los paseos por los bosques y alamedas, sea á pié ó en carruaje, destinando las noches á las reuniones íntimas, para lo cual los trajes son más sencillos que los que hasta ahora han lucido las señoras en las playas y caminos.

Tratemos, en primer lugar, de los trajes de



mañana, de esos lindos peinadores-batas Luis XV, adornados con entredoses, bandas y medallones bordeados con encajes y bullonados, ó con encañonados y puntillas. Todas las señoras tienen algunas faldas de seda azul, rosa ó malva, inservibles ya para visitas ó reuniones, pero muy propósito para que formen el viso del peinador-bata, completando este traje una toquilla blanca de encaje Valenciennes ó Cluny.

Otro modelo no menos lindo, no menos elegante, seria una falda blanca ó de color, con cola y tres ó cuatro volantes con cabecillas de entredoses bordados y un *dolman*, sea de la misma tela que el vestido y adornado como él, ó sea de lana dulce, blanco, azul ó grana, prefiriendo el blanco: hasta las dos de la tarde puede una señora recibir, vestida de mañana, sin inconveniente alguno y sin que pueda producir mal efecto.

Pasada esa hora, sencillos y preciosos trajes, cuya belleza y buen gusto está en la forma, y cuyas telas serán batista, de hilo, muselina, sultana, granadina, ó percal, sea liso y adornado con guipur Cluny, de tejido un poco grueso, ó sea listado, adornado con volantes, sobrefalda y chaqueta ó túnica con cinturón del color de las listas; cómodos, económicos y



elegantes son estos trajes para vivir en el campo, sobre todo, y para salir en las poblaciones, por la mañana, á tiendas y á diferentes compras ó paseos matutinos, tan agradables en la estacion de otoño.

Con las faldas indicadas pueden utilizarse las túnicas de seda negra ó de cachemir.

Para trajes de vestir en el otoño, aconsejamos el moaré de lana, el crespon de lana, mil veces preferible á la granadina, porque sus colores son más lindos, su tejido más fino y su apariencia más elegante.

Para comida de etiqueta ó teatro, nada produce mejor efecto que las túnicas de organdí adornadas con *Valenciennes*, de gasa de Chambery ó de crespon de China, drapeadas y recogidas sobre una falda de seda de color, que deberá ser rasante para las señoras jóvenes y delgadas, de cola para las de más edad, ó gruesas, y en ambos casos es indispensable el cinturón de seda con las caídas á un costado y del color de la falda.

También son del mejor resultado, y para el mismo objeto que el anterior, las túnicas de fular con flores *Pompadour* color maiz, mahón claro, gris tierra, gris perla, ó hueso, de hechura Luis XV y con solapas y carteras de seda, escogiendo uno de los colores de las florecillas.

Con estas túnicas se deben adoptar las faldas de batista blanca, con varios volantes ó bandas plegadas con doble cabezalla rizada, no olvidándose del chaleco, que caracteriza aún más la época Luis XV.

Para el campo y para las tardes y noches frescas, nuestras bellas lectoras deberán llevar siempre un *dolman*, albornoz ó talma, manteleta de lana dulce ó paño muy delgado, y cuyo color será blanco, encarnado ó gris perla con bordados de *sutache* negra, y para los días frescos, el *dolman* de cachemir, negro ó de paño oscuro.

El paño delgado, el paño inglés de damas, será una de las telas que más favor obtendrán para la entrada del frío, adornando las faldas de los vestidos con anchos bieses bordados y completando el traje con una polonesa, ó túnica princesa, adornada con bordados ó pasamanería.

Hoy los niños de ambos sexos, ostentan en sus trajes tanta elegancia como sus padres, como podrán juzgar nuestras lectoras, por los bonitos modelos que en nuestro número publicamos y que son de la mayor novedad.

Una madre recrea su vista en sus hijos, que son su esperanza, su alegría y su consuelo, y el materno orgullo goza al verlos bellos y vestidos con encantadora gracia: las niñas, desde la edad de tres años, empiezan á tener esa coquetería innata en la mujer, esa gracia que es la base de la distinción y del buen gusto.

En las jovencitas no usaremos de repetir que la sencillez es su mejor adorno, citando como ejemplo un vestido para otoño, de lana, con listas lila y morado: en la primera falda un volante cortado al biés y fruncido: la sobrefalda con ondas bordeadas con terciopelo y fleco. Corpiño alto con aldetas cuadradas y una pelerina recta por detrás y con largas puntas por delante, las que se cruzan y se unen por detrás con una escarapela de terciopelo: esta pelerina está bordeada como la sobrefalda: el fleco debe ser morado y lila, de lana de Sajonia, completando tan lindo traje un sombrero de castor adornado con cintas de terciopelo morado y plumas.

De fular, con listas cereza y blanco, es otro modelo también para señorita ó señora muy joven. Un volante al biés guarnece la primera falda, formando la cabeza una banda de terciopelo cereza. La túnica es de batista suiza, y figura delantal por delante, el que tiene en derredor un terciopelo cereza y un guipur. A cada lado del delantal, que está cortado al biés y es muy corto del centro, se coloca una banda de terciopelo, las cuales recogen el puff y anudan debajo de él formando un gran lazo: el corpiño está adornado también con lazos y guipur.

## II.

El mejor obsequio que se puede destinar á un sér querido, sería una petaca como la que hoy ofrecemos á nuestras suscriptoras.

El dibujo es para la tapa de encima, haciendo la inferior sencilla, bordeada de napolitana y con la cifra en el centro, bordada con hilo de oro.

Se dibuja la cabritilla y se forra con tela de algodón, ó percalina sin lustre. La napolitana se cose como *sutache*; los atributos del fumador forman un trofeo en el centro: el tabaquero, los mazos de cigarros, las pipas y el saquito, están unidos: se bordan al pasado con seda gris é hilo de oro.

Esta labor es de un buen gusto especial, así como el entredós al *crochet*, con centro de galoncillo inglés, cuya explicación detallada irá en nuestro próximo número.

La Baronesa de Wilson.

## CUENTOS DE SALON.

*Madrid por dentro*, es un precioso libro, es un cuadro de costumbres, admirablemente dibujado por la pluma de nuestro excelente amigo D. Teodoro Guerrero; el nombre del autor garantiza al libro, y despues que se deleita la imaginación con la lectura de sus páginas, se comprende que quien ha descrito tipos como Cristóbal Zayas, Jacobo de Avendaño y la duquesa de Albañor, sea en América y en España, uno de los autores más queridos del público.

En cada nueva obra del señor Guerrero, se revela más al escritor moralizador, al honrado padre de familia, al esposo que conserva puras esas creencias, esas ideas y esas costumbres, que son la sólida columna en donde se apoya la felicidad doméstica.

El señor Guerrero habla al corazón de las madres, de las jovencitas, de los hombres á quienes la ambición conduce por un camino torcido y presentando cuadros sociales de gran verdad y sentimiento; analiza los resultados, enseña que la senda del trabajo, la virtud y la honradez es, aun cuando ménos florida, la más preferible.

Como amigo y colaborador de nuestro semanario, tenemos un verdadero placer en recomendar á nuestras lectoras esta obra, que forma parte de la colección titulada *Cuentos de salon*.

Hinnova.

## HISTORIA DE DOS BOFETONES,

POR

DON J. EUGENIO HARTZENBUSCH.

1689.—1839.

SEGUNDA PARTE.

(Continuacion.)

Era de noche, y un sereno con pantalones, anunciaba á los madrileños las dos y media.

Esto anuncia que hemos dado un salto superior al de Alvarado en la calzada de Méjico; y si añadimos que el sereno llevaba pendiente del chuzo un farol numerado, nuestros lectores conocerán que hablamos de esos felices tiempos de libertad y de estados excepcionales, de liceos y represalias, de poesía y de miseria. Eran las dos y media, pues, de la noche, y dentro de un gabinete profusamente adornado con estampas de Atala, de Ivanhoe, de Bug-Jargal y del Corsario, una interesante joven, de negros ojos y negra cabellera, el rodete en la nuca y los rizos hasta el seno, se deshacía al amor de la lumbre en amargo llanto que inundaba sus mejillas, medianamente flacas y descoloridas.

Es comun decir que si llora una niña, culpa será de un hombre; y esto era puntualmente lo que sucedía con doña Dolorcitas del Tornasol aquella noche, porque hombre era el que habia escrito no sé qué novela, ó cuento, ó drama que tenia en el regazo, y al héroe de aquella soñada historia, oprimido de imaginarios males por gusto del autor, iban consagradas las lágrimas de la sensible lectora.

Por lo demás, ningun hombre habia dado á Dolorcitas hasta entonces motivo de pesadumbre, porque á todos los veintiseis amantes que habia tenido hasta la edad que contaba (sin incluir en aquel número ningun galán del tiempo en



que la niña iba á la maestra), á todos veintiseis habia dado calabazas; al uno por muchacho, al otro por machucho; al uno por más, al otro por menos que ella; por sobrado elegante al uno, al otro por zafio. Aguardando que la suerte le deparase algun Arturo ó Caballero del Cisne, todos le parecían Fuentes de Buey y Cuasimodos.

Esparcidos por el suelo estaban todavía los pedazos de un billete color de rosa, perfumado y con orla y sello y canto dorado, primera entrega del vigésimo sétimo galan, hecha furtivamente aquella noche en una academia de baile... pero téngase entendido, á pesar de esto, que sin llegar el amante novísimo al modelo ideal de la melindrosa niña, tenia, sin embargo, cierto aire ó traza novelera que agradaba algun tanto á la pretendida. Mientras ella se acongojaba por la infelicidad ajena, á falta de la propia, el libro, estacionado en los pliegues de la anchísima falda que se escapaba de un talle de sílfide, cayó repentinamente en el brasero, cuyas ascuas devoraron en un punto la inocente márgen de las mentirosas páginas. Acudió Dolores á salvar á su héroe favorito, de la pena del fuego; pero acudió tan tarde, que convertida ya en brasa gran parte de las hojas, el rápido movimiento de la mano libertadora al sacarla de entre la lumbre, sólo sirvió para hacer que brotase del libro consumidora llama que envolvía el brazo de la niña, defendido sólo por una delgada tela de algodón, fácil de inflamarse.

Soltó Dolores, asustada, el libro, cayó éste ardiendo sobre la falda, prendió la llama en ella, y vióse en un momento rodeada de fuego y humo la señorita, que aturdiéndose entonces de todo punto, principió á correr por la casa como una loca, pidiendo auxilio con tan desaforadas voces como la ocasion requeria, y un poco más, si cabe. Al estrépito que armaba, despertó, no sólo la única persona que vivia con ella (que era una anciana, tia suya), sino la vecindad entera. Quién creyó que los carlistas cantaban el *Te Deum* en Santa María, quién que estallaba en Madrid un pronunciamiento, quién que sus acreedores habian descubierto el undécimo asilo que habia mudado en siete semanas.

Conmovióse toda la casa; los milicianos nacionales de ella se echaron las correas encima, y salieron á los corredores á paso de ataque, y haciendo la carga apresurada; y fué ciertamente un espectáculo notable el de ver abrirse unas tras otras todas las puertas y ventanas que daban al patio y á la escalera, y asomar por ellas viejos y viejas, mozos y mozas, niños y niñas, cada cual con su luz en la mano; envuelto en un cobertor el uno, el otro en una capa, ellos en calzoncillos y ellas en enaguas; habiendo llegado á tanto la curiosidad de una vecina, coja y medio cegarra, que al salir á informarse, olvidó su muleta y no se olvidó de los anteojos. Mientras todos preguntaban y ninguno respondia, los gritos habian cesado, y por consiguiente la perplejidad era mayor.

(Se continuará.)

## ES ETERNO MI DOLOR.

Riente la primavera,  
Vimos llegar con sus flores,  
Con sus alados cantores,  
Con sus mañanas de Abril;  
Mas del ardiente verano,  
La rubia faz aparece,  
Y Flora desaparece  
Con su sonrisa infantil.

Llega á su vez el otoño,  
Con sus lluvias y su frío,  
Apagando del estío  
El aliento abrasador;  
Tras del otoño, el invierno  
Viene con su helado manto;  
Pasa en esta vida cuanto  
Ha inventado el Creador.

Nace el sol con sus fulgores,  
Declina despues el día  
Y entra la noche sombría,  
Sus bellezas á ocultar;

Y la plateada luna  
Ostenta su lumbre bella,  
Mas la matinal estrella  
Viene su brillo á eclipsar.

Primavera, otoño, estío,  
Invierno, luna, lucero  
Y sol, todo es pasajero  
Por voluntad del Señor;  
Todo lo que existe, muda,  
Y muere de polo á polo,  
Sólo Margarita, sólo  
Es eterno mi dolor.

¡Yo era feliz, yo tenia  
En mi dicha y en mi duelo,  
Tu compañía, ángel del cielo,  
Con quien todo dividir!...  
Que ora mi labio entonara  
Gayas ó tristes canciones  
A sus maternos sonos,  
Te miraba sonreír.

Eras para mi ventura  
Del sol un rayo esplendente,  
Un pajarillo inocente  
De mi pecho en la prision:  
Eras de mi númen astro,  
De mis pensiles la gala,  
Eras una fibra, un ala  
De mi jóven corazón.

El mundo aspiró el aroma  
De la flor de mis abríles;  
Como yo, sus gracias miles  
Tambien empezó á cantar;  
Ahora que mi rica perla,  
Del mar se llevó una ola,  
Sola, Margarita, sola,  
Me encuennero para llorar.

La Baronesa de Wilson.

## MARGARITA.

ARREGLO DEL FRANCÉS AL CASTELLANO

POR

LA BARONESA DE WILSON.

(Continuacion.)

### VII.

El dolor prestaba elocuencia á Bautista. Cuando pronunció las últimas palabras, sollozaba amargamente, y su mano crispada cayó sobre la mesa con inusitada fuerza, impulsada por la desesperacion.

—¡Padrino, padrino mio!—murmuró la jóven pasando su brazo alrededor del cuello de Bautista,—¿qué podría decir yo para dar á usted un poco de valor? ¿Qué puedo hacer para ayudarle? Nada entiendo de estas cosas, pero si usted cree que de mí depende la gravedad de lo que sucede, hable usted, y me encontrará dispuesta á todo.

El rentero no contestó. Con la cabeza apoyada en sus manos, ni escuchaba ni veía; el dolor le hacia delirar.

Margarita hizo un verdadero esfuerzo sobre sí misma, y añadió:

—Si con dinero se puede arreglar, para ayudar á usted, para salvarlo, para recompensarle lo mucho que le debo, me... Bautista no la dejó concluir.

Levantó la cabeza bruscamente, y miró á Margarita con tal expresion de trastorno y terror, que la jóven sintió un estremecimiento poderoso, y su rostro se cubrió de mortal palidez.

—¿Qué pensabas añadir? acaba,—dijo Bautista, ansioso; Margarita no podia hablar; parecia que una mano de hierro oprimia su garganta.

—Casándome con Diego Colombes, podría rescatar la Caridad y asegurar su porvenir de usted,—balbuceó la pobre niña.



Bautista lanzó un grito ronco, se levantó y le fué preciso apoyarse contra la pared para no caer.

Con los brazos cruzados, colérico y sorprendido, fijaba su mirada en su pupila, quien aterrada y no pudiendo soportar la vista de su padrino, bajó los ojos y retrocedió sin comprender aquel repentino furor.

Ambos guardaron silencio.

Si Margarita hubiera levantado de nuevo la cabeza, la

descomposicion del rostro de su padrino y su respiracion ahogada la hubiese asustado aún más.

Bautista se ahogaba: su agitacion era tan fuerte, que el pecho se le rompía, los oídos le zumbaban, y parecia que con un martillo le destrozaban la cabeza.

Vacilante, dió un paso, y con voz desgarradora, dijo:

—Mil rayos, ¿esto más?

Y salió tambaleándose como si estuviera embriagado.

Grabado núm. 2.



Margarita, poderosamente afectada, corrió á la ventana, para llamar á su padrino, pero éste corria por el campo como un caballo desbocado, y pronto desapareció entre los árboles.

No sabia á qué atribuir aquella explosion, y buscaba varias causas.

—Sin duda mi padrino, — se decia, — hubiera deseado

que de antemano hubiese yo tomado esa resolucion, para contener el desastre que le amenaza. Pero, ¿y ese grito desesperado?

Margarita se encontraba tan turbada y pesarosa, que no podia adivinar la realidad; además, ni aun la sospechaba.

Sólo una cosa la preocupaba: la ruina de Bautista, su dolor profundo y su abatimiento.





EL ÚLTIMO FIGURIN.

ADMINISTRACION, CALLE DE LAS TABERNILLAS, NÚMERO 8.—MADRID.

35-72







Pero ¿quiénes eran los contrarios del rentero? Nada le habia preguntado, pero esto á ella ¿qué le importaba? ¿acaso tendria influencia para hacerles cambiar de propósito? Sólo de una manera podria ayudar á su protector: casándose.

El sacrificio era inmenso, pero no vacilaba, y nada era capaz de hacerla ser ingrata.

Margarita, con la cabeza apoyaba en una mano, reflexionaba, dejando correr por sus mejillas lágrimas abundantes.

Todas sus esperanzas de felicidad huian para siempre: tenia que desterrar de su corazon la imágen de Javier, y no pensar sino en cumplir un sagrado deber.

## VIII.

Tan grande era su preocupacion, que no sintió los pasos de Josefita, hasta que se vió estrechada entre sus brazos.

—¿Qué tienes? ¿qué te sucede?

Grabado núm. 3.



Margarita la abrazó convulsivamente, y la dijo en voz muy baja:

—Ruega á Diego que venga.

—¿A Diego? ¿para qué?— preguntó Josefita palideciendo.

Pero viendo la angustia pintada en el rostro de su compañera de infancia, corrió á la puerta y llamó á Diego, quien

temiendo alguna desgracia, habia permanecido en la granja.

Al entrar en la sala se detuvo, admirándose de que Margarita, le mandase llamar.

Su confusion aumentó, viendo á Josefita seria é inquieta, ella tan risueña y alegre.

Diego no se atrevia ni á retroceder ni á dar un paso adelante.



Contrariado y aturdido, paseaba su mirada de Margarita á la hija de Mariana, sin saber qué pensar.

Margarita buscaba una frase para empezar: le faltaba valor, y melancólica y desesperada, se mordía los labios para contener el llanto, tratando de serenarse sin poder conseguirlo.

Un sollozo comprimido, hizo estremecer á Josefita, quien corrió á Diego, viendo que este se preparaba á salir.

—Puesto que Margarita, desea hablarte,—le dijo,—quédate.

Diego se sentó sin saber lo que hacía.

—Vamos, aquí está Colombes, dile lo que te ocurre,—añadió Josefita, inquieta, nerviosa y preocupada.

—Diego...—articuló la pupila de Bautista.

Pero no pudo continuar y trató de tomar aliento: por último añadió:

—Diego, conozco que he sido con usted algo ingrata, pero hoy veo mi error y creo cumplir con un deber, casándome con usted y obedeciendo á mi padrino.

Josefita dejó escapar un grito de dolor, y Diego retrocedió con violencia, cual si hubiera recibido un balazo en el pecho.

Margarita tendió los brazos á la hija de su nodriza, y la dijo con abatimiento.

—No temas; tendré valor.

Pero mirando á Diego, sorprendió los ojos de este, fijos en Josefita, y lo comprendió todo.

—¿Tú le amas, hermana mia?—preguntó.

—Sí, con todo mi corazón,—murmuró ocultando su turbación en los brazos de Margarita.

—¿Y usted la ama, Diego?

—Sí, casi sin querer: creía apasionarme de usted, y fué á Josefita á quien entregué mi corazón.

—Pues bien: Dios lo ha querido, hágase su voluntad. Suceda lo que quiera y á pesar de todas las desgracias, no quiero haceros infelices, basta con que yo lo sea.

Josefita abrazó á la joven, y sus ojos brillaron de júbilo, pero fué pasajero, tendiendo su mano á Diego, le dijo á Margarita:

—¿Puedo saber lo que sucede?

La ahijada de Lefevre refirió todo lo que su padrino la había dicho, y después dirigiéndose á Diego, repuso:

—Por esto, y á pesar de mi cariño hacia Javier, ignorando que Josefita amara á usted, me decidí á sacrificarme por la felicidad de mi padrino: perdóneme usted, Diego, creía que usted me amaba lo suficiente para que siendo su esposa se rescatase la Caridad, para mi protector.

Diego movió la cabeza, y sin dudar sus palabras con fórmulas galantes, desconocidas para él, contestó:

—En primer lugar, toda mi hacienda no bastaría para comprar la Caridad con todos sus accesorios, porque es una buena propiedad; además, para pagar las costas, escrituras y procuradores, se necesitaría una suma crecida, pero era que los que han hecho el daño deben repararlo.

—Cómo, ¿pues quienes son los contrarios de mi padrino?

—Precisamente aquellos que debían ser todo, menos enemigos.

—¿Quién, quién?—preguntó Margarita, conmovida y trémula.

—Los Lefort, ¿no lo sabía usted?

—¿Javier? ¡Dios mío!

—El y su padre; un juez de paz debe estar seguro del resultado.

La joven cayó anonadada sobre una silla.

—¡Miserable!—murmuró;—pero reponiéndose, no es posible,—replicó,—Javier es incapaz de tal infamia.

—Pues lo es,—repuso Diego.

—¡Oh! lo sabré.

Y Margarita tomó una pluma y trazó algunas líneas rápidamente.

—Diego, por favor, lleve usted esta carta á Lefort y dígame usted que le espero.

—¡Ah!—contestó el rentero,—supongo que no vendrá; ¿acaso se atreverá, cuando trata de arrojar á ustedes de su casa?

—¿Pero es seguro?

—Segurísimo.

—Entonces tiene usted razón, ¿qué haré?

Un instante bastó para que tomara una resolución; enjugó sus lágrimas, arregló sus cabellos y le dijo á Josefita:

—Ven conmigo; necesito verle.

Diego y la joven cambiaron una mirada.

—Cómo, ¿rehusas acompañarme?—preguntó Margarita,—entonces iré sola.

—Será inútil señorita,—replicó Diego.

—¿Por qué?

—Porque... porque de nada serviría.

—¿Entonces el mal es aún mayor de lo que yo creo?

—Sí señora.

—Pues dígame usted la verdad; todo, sin ocultarme nada.

—Escuche usted: pero... silencio. Bautista acaba de entrar.

Efectivamente el rentero penetró en la sala, y al ver á Colombes y á las dos jóvenes, se detuvo.

Grabado núm. 4.



IX.

Diego se acercó á Josefita, la tomó por la mano y dijo resueltamente:

—Bautista, esta es mi novia y deseo casarme lo más pronto.

El rostro de Bautista se serenó un poco, y contestó bondadosamente:

—Me alegro, sed felices; no podía más, y temía, al volver á casa, saber otra cosa. Le hubiera matado de seguro,—añadió como hablando consigo mismo.

Lefevre había visto á Josefita salir en busca de Diego, y no dudó era para arreglar su enlace con Margarita.

Imposible sería expresar lo que sufrió, la rabia dolorosa que le torturaba, la impaciencia, los celos, su ruina, todo se agitaba en su cerebro en terrible confusión, sin que un pensamiento consolador, amenguase sus sufrimientos.

Le parecieron los segundos años y los minutos siglos, y al fin, exasperado, loco, delirante, había entrado resuelto á todo, antes que ver

á Margarita esposa de Diego.

Las palabras que éste le dirigió le habían dejado como confundido de alegría. Su sonrisa parecía un sarcasmo, sus ojos vagaban de unos á otros como los de un loco, dió un suspiro, se quitó la corbata, arrojándola lejos de sí, y después se dejó caer en una silla.

Bautista se fijó entonces en que Margarita tenía puesta una capa, como si se dispusiera á salir.

—Margarita, ¿pensabas salir?—preguntó.

Diego temió alguna explicación y trató de esquivarse; pero Josefita, que era valiente sobre todo, tratándose de la joven, le detuvo por un brazo.

—Vamos, dime, ¿adónde pensabas ir?—añadió Bautista.

—Sí, me precisaba salir, pero ya había desistido,—contestó turbado.

Esta contestación no satisfizo á Lefevre; en otra ocasión tal vez no hubiera insistido, pero entonces se empeñó en aclarar aquel incidente.

—Vamos, pero ¿á dónde tenías que ir? dímelo.

La frente del rentero se nubló, y Margarita tembló.

Su turbación y su silencio iluminaron á Bautista, y con tono brusco añadió:

—Por casualidad, ¿irías á?...

La joven le comprendió.

—Sí,—le dijo,—sí, quería ir en casa de Javier Lefort, para pedirle cuentas de su comportamiento. En todo esto hay un misterio que deseo aclarar. ¡Ah! si Javier me ama como ha dicho, es imposible que esté mezclado en este asunto, ni



que apoye nuestra ruina. No quería suplicarme por mí, sino por usted, mi buen padrino; por usted, á quien no puedo ver arruinado, infeliz, reducido á trabajar para vivir, desterrado de esta casa que es vuestra...

Margarita se había acercado á Bautista para abrazarlo y consolarlo; pero el rentero la rechazó, colérico, diciendo:

—Si pusieras los piés en casa de ese miserable, te mataría; sí, te mataría.

La jóven, aterrada, se refugió en los brazos de Josefita. El rostro de Bautista estaba feroz: toda la sangre parecía haberse reconcentrado en su cabeza, y sus mejillas estaban moradas, las venas de la frente hinchadas, y sus ojos despedían llamas.

A largos pasos atravesó la sala, y encontrando una silla en su camino, la rompió entre sus manos.

Después llegó hasta Margarita, y con voz de trueno, le dijo:

—Sí; lo repito, te mataría si fueras á la casa de ese miserable. ¡Ah! no sabes el mal que me han hecho. ¿Qué me importa verme arruinado? ¿Acaso es una deshonra ser pobre? ¿No puedo aún trabajar para tí y para mí? Si no tienes dignidad para humillarte hasta ese punto, yo la tengo.

—Pero si es injusto...

—Calla: te prohibo terminantemente que trates de ver á ese Javier, que el cielo confunda.

Bautista emprendió de nuevo su paseo por la sala.

—Este hombre está loco, —murmuró Diego.

—Ven, mi buena Margarita, ven, —dijo Josefita con la mayor ternura.

—¿Adónde la llevas? —gritó Lefevre.

—En casa de mi tia. Allí estará libre de estas escenas. ¡Ah! ¿cree usted que yo tengo miedo? Nada de eso; y aun cuando usted no quiera, me la llevaré.

Un profundo abatimiento se apoderó de Bautista.

La debilidad moral le venció, y con voz sumisa, replicó:

X.

—Josefita, deja á mi ahijada; no sé lo que digo, y tantos acontecimientos me trastornan hasta el punto de temer que me abandone la razon. Dispénsame, Margarita, olvida este momento de locura.

—¿Que le perdone á usted, mi bienhechor? —exclamó la jóven abrazándolo. —A mí es á quien tiene usted que perdonar. Le ofrezco á usted que no haré nada que le desagrade; pero en cambio, ¿me promete usted que si sale de esta casa y tiene usted que trabajar, no tendrá otra persona á su lado que le cuide y le ayude sino yo? Lo que usted ha hecho por mí, sólo de ese modo podré recompensarlo.

Bautista estaba conmovido, y estrechaba á su pupila contra su corazón.

—Vamos, —continuó la generosa jóven, como si tratara de desechar una idea enojosa, —no se hable más de Javier, se acabó.

Josefita sollozaba de enternecimiento, y Diego no estaba ménos admirado de la abnegacion de la jóven.

La alegría de Bautista no conocía límites: la satisfaccion que le causaba la noticia de los amores de Diego por Josefita, era grande; pero aun mayor fué su júbilo cuando su pupila le indicó que desde entonces Javier quedaba desterrado de su corazón.

¿Qué más podía esperar? si perdía toda su fortuna, le quedaba la mejor joya, la esperanza de llamar suya á Margarita. Trabajaría para ella y como además de la Caridad, po-

seía una casita, muy pobre sí, muy modesta, pero capaz para albergar á los dos, allí se refugiarían y vivirían dichosos.

Margarita estaba resplandeciente: su conciencia le decía que cumplía con su deber, y que pagaba una deuda de gratitud.

La admiracion de las tres personas que la rodeaban era la recompensa más dulce para su corazón.

—¿No es natural lo que he dicho? —añadió. —Ninguna alabanza merece, ni tampoco compasion; vamos, Josefita, tengo más valor del que tú creías; Diego, padrino, esa emocion me ruboriza. Son cosas que no valen la pena de ocuparse de ellas. Desde hoy me quitaré estos vestidos de señorita, me vestiré como mi compañera de infancia, y serviré la cena á mi padrino para acostumbrarme. ¿Por ventura no soy capaz de hacerlo? Ya verán ustedes. Ahora me voy á poner por obra mi plan y á empezar á acostumbrarme á nuestra nueva posicion.

Y Margarita, se desprendió de los brazos de Bautista, salió corriendo y subió á su habitacion, situada en el primer piso.

Cuando se encontró sola, la imagen de Javier se presentó á su imaginacion como un doloroso recuerdo.

—¿Es posible, —decía, — que aquel cariño tan tímido, tan apasionado, y tan decidido, se haya trocado en indiferencia? ¿Y qué otra cosa debo pensar cuando con tanto encarnizamiento persigue á mi protector, á mi segundo padre? Tres dias hace que ni aun me escri-

be; ¿para qué? demasiado comprenderá que es imposible estrechar los lazos que nos unian, con su comportamiento.

Entretanto que la valiente y decidida niña, luchaba con su amor y con su deber, Diego se alejaba de la granja gozoso y contristado á la vez.

Alegre, porque comprendía que para su educacion y costumbres seria más feliz con Josefita, que no con la ahijada de Bautista, y triste, porque le habia conmovido la escena que habia presenciado.

Al volver un recodo que hacia el camino, lanzó una exclamacion de sorpresa.

Javier adelantaba rápidamente con direccion á la Caridad.

—¿Qué tratará de hacer? —se preguntó Diego. —Si piensa engañar á Margarita, se lleva chasco,

porque ya está al corriente de todo.

Diego continuó su camino, y Javier, saludando al rentero, siguió hasta la granja, cerca de la cual dió un rodeo y fué á colocarse debajo de una ventana situada á la espalda de la entrada principal.

Era el dormitorio de Margarita.

(Se continuará.)

Grabado núm. 5



Grabado núm. 6





## CANTARES.

Eres tú la que le quitas  
El color á la manzana;  
Y la blancura á la nieve,  
Y la frescura á las aguas.

Ya te he dicho que no vayas  
A misa donde voy yo;  
*Ni tu rezas, ni yo rezo,*  
*Ni estamos con devocion.*

Diez años despues de muerto  
Y de gusanos comido,  
Letreros tendrán mis huesos  
Diciendo que te he querido.

Desde tu casa á la iglesia  
He de plantar una parra,  
*Para que vayas á misa,*  
Sin darte el sol en la cara.

## EXPLICACION DEL FIGURIN DE LA EDICION DE LUJO.

1.º Traje de dos puntos de color. La falda es verde muy claro, adornada con un volante de 40 centímetros y dos biéses con vivos. Túnica de poplin inglesa, color tórtola, con un volante al borde de 10 centímetros, biés y recogidos á los lados: es muy larga y forma puff. Chaqueta igual á la primera falda con puntas largas por delante, postillon por detrás volante y biés. Manga de codo, abierta y con volante de poplin tórtola. Sombrero de paja belga con el ala vuelta y cuyo forro es color violeta. Cocas de cinta negra y caídas. Ramo de lilas.

2.º Traje de visita para campo. Vestido de fular liso. Polonesa de chali blanco, con listas arrasadas del color de la falda, abierta por delante ajustada y drapeada á los lados y por detrás. Dolman de paño marron con manga ancha, adornado con terciopelo marron y cordones gruesos, del mismo color. Sombrero de paja, forrado con seda azul, ondas de lo mismo, encaje negro y rosa con caída. Botita bronceada.

## EXPLICACION DEL FIGURIN DE LA EDICION ECONOMICA.

Falda de seda negra tableada por delante desde la cintura con semi-corpiño por detrás tiene un volante de 12 centímetros, colocado á 20 centímetros del borde. Chaleco de faya negra. Polonesa de poplin gris-castor, guarnecida con una banda bordada á la inglesa, abierta por delante y drapeada por detrás. Manga con cartera *mosquero* con cartera bordada. Sombrero de paja inglesa con el ala levantada de un lado: ramo de flores y lazo de cintas con caída.

## EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 1.

Peinado para teatro, casino ó baile. Se levanta de las sienes y se adorna con rosas té y hojas oscuras: el cabello de la frente cae en multitud de rícculos. Dos largos tirabuzones y una caída de flores acarean los hombros. Corpiño escotado de seda rosa: borde y guarnicion de muselina plegada. Berta de encaje con rosa té y follaje. Este corpiño forma por delante aldeta en punta y por detrás en puff y guarnicion de encaje.

## EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 2.

1.º Vestido de fular gris claro. Al borde de la falda se coloca un volante al biés, ondeado y bordeado con la misma tela: encima de este volante hay otro de 15 centímetros, con cabecilla al biés plegada por ambos lados. Túnica ondeada, con fleco de seda al borde, drapeada á los lados y recogida por detrás. Solapas formando chaleco, con un rizado al borde. Manga de codo con carteras y lazos. Sombrero de paja belga, con velo de gasa y corona de flores.

2.º Vestido de seda negra y seda color de carne. La falda tiene un volante de 45 centímetros de ancho, con tablas alternadas una negra y otra color carne. Túnica redonda, or delante y por detrás, con volante de seda color de carne y cabecilla negra rizada. Corpiño con aldetas cortas y en punta por delante y por detrás, guarnecidas por un volante de 12 centímetros. Manga pagoda. Sombrero de paja muy elevado de copa, con flores biés de faya y velo de encaje.

## EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 3.

1.º Traje para niña de ocho á diez años: Vestido de color crudo; la falda adornada con dos volantes ondeados, con vivos negros y biéses negros. Túnica redonda por delante y recogida por detrás hasta la cintura. Corpiño con aldetas ondeadas y redondas. Pelerina anudada por detrás, formando caídas. Sombrero de paja negra adornado con cocas de cinta. Botitas de color crudo con bigotera de charol.

2.º Niña de ocho á doce años. Vestido de poplin gris-perla adornado con terciopelo negro. Un volante de 25 centímetros tableado con cabecilla de encaje blanco y un terciopelo negro adorna la falda: otro terciopelo pasa por las tablas del volante. Chaqueta con aldetas, formando sobrefalda, por detrás guarnecida con terciopelo y encaje: Sombrero de paja con plumas y lazos. Botas gris perla.

3.º Traje para niño de diez y ocho meses á tres años y compuesto de una falda de cachemir blanco con fleco, y sutache en picos. Corpiño escotado con manga corta. Pelerina adornada como la falda. Sombrero de paja con pluma blanca.

4.º Traje para niño de ocho á diez años.—Pantalon de lana dulce, abotonado á un lado. Blusa corta, estrecha y abotonada, sujeta con un cinturon. Sombrero de castor gris, con cinta negra y pluma de gallo. Botas de cabra con puntera de charol.

5.º Niño de cinco á diez años. Pantalon de paño azul, adornado con sutache. Botines de paño y zapatos de charol. Blusa ajustado con cinturon de cuero. Cuello marinero con trencillas negras y áncoras bordadas en las puntas. Sombrero marinero de paja blanca, con cinta negra.

## EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 4.

Petaca de cabritilla bordada en relieve. (Véase labores.)

## EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 5.

Entredós de crochet y galoncillo inglés. (Véase labores.)

## EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 6.

Corpiño chaleco, con escote fichú, cruzado por delante á la izquierda, es de muselina listada, adornado con guipur, Cinturon faja anudado por detrás.

## CHARADA.

Mi primera y mi segunda  
Te aconsejo respetar,  
Pues nunca la tiene el hombre  
Hasta tener cierta edad.  
Mi tercera alegremente,  
Corre sin nunca pararse,  
Y presenta al erizarse,  
Espectáculo imponente,  
Mi todo, si á Cristo adoras,  
Habrás comprendido es  
La fuente de donde mana  
Toda la fuerza y poder  
De la religion cristiana.